



Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Reyna Cariño**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Noelia Navarro

Portada

Vasco Lopes

Imagen de portada

Freepik

Maquetación

Vasco Lopes

Corrección

Nadín Velázquez

Impresión

PodiPrint

Primera edición: Julio de 2020

Depósito Legal: B 12264-2020

ISBN: 978-84-17589-46-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

REYNA CARIÑO

¿Jugamos
a ser
novias?



Nova Casa Editorial



*Para mis lectores y familia:
Gracias por permitirme llegar hasta aquí.*



CAPÍTULO 01

¿Quieres ser mi novia?

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó Matt, tan rápido que Jeanne creyó que aquellas palabras habían sido distorsionadas por el constante ruido del silbato y los gritos de los demás alumnos que estaban en el campo de fútbol detrás de ellos.

Se obligó a sacudir su cabeza para convencerse de que no había escuchado mal, que, por la expresión de sufrimiento del muchacho en ese momento, pudo haber sido el caso.

Y es que ¿por qué Matt, el chico más popular del instituto, le preguntaría eso a ella?

Existía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que su audición estuviese fallando.

Sí, Jeanne era una chica bonita, pero, de acuerdo con muchos de sus compañeros y el propio Matt, ella estaba dentro del grupo de «chicas del montón» por ser considerada una alumna sin nada especial. Incluso en una mínima parte se podría decir que ella estaba de acuerdo, pues no se destacaba en lo académico ni en sus habilidades sociales. Por supuesto que tenía mucho más a su favor, pero no era algo que le preocupara demostrar en el instituto.

Todo lo contrario a Matt, que con su cabellera negra y sonrisa deslumbrante era no solo el chico más popular y guapo del instituto, sino también a sus dieciocho años estaba posicionado como un modelo profesional que tenía vueltas locas a las chicas y a las agencias de modelaje. Y a este chico sí le gustaba destacarse.

Por ello todo el mundo lo quería... Bueno, eso estaba en duda.

Pero todo eso daba igual, la duda de Jeanne en ese momento era ¿por qué aquella pregunta, al parecer dirigida a ella, había salido de la boca de Matt?

Volteó a ambos lados disimulando un poco antes de regresar su mirada a él, quien, confundido, imitó su acción antes de volver rápido la vista y poner una expresión cansada.

—¿Qué? —preguntó Jeanne, aún incrédula.

—Que si quieres ser mi novia —repitió Matt con detenimiento, en un tono que demostraba no estar dispuesto a preguntarlo una vez más. Cada una de las letras las había dicho entre dientes.

Se veía tan incómodo que Jeanne tenía la seguridad de que él no quería estar ahí, con ella, y mucho menos haciéndole esa clase de confesión.

—¿Por qué? —insistió buscando obtener una respuesta lo bastante buena para seguir escuchándolo.

Ella sabía que debía haber algo detrás de aquella pregunta, puede que no se destacara en lo académico, pero se consideraba una persona inteligente. Además, en su clase de teatro le habían enseñado sobre el lenguaje corporal y la boca de Matt decía una cosa, pero su cuerpo comunicaba otra. Algo que a ella no le daba buena espina, para nada. Detrás de esa pregunta había algo más y ella lo sabría antes de rechazar al chico de manera apropiada.

Matt cerró los ojos y suspiró hacia el cielo antes de regresar a ella.

—Te necesito —habló sin rodeos y guardó silencio, dedicándole una larga mirada, esperando una reacción en ella, pero al no obtener nada parecido, continuó—. Eres una chica asocial, no tienes amigas y es muy fácil que pases desapercibida en el instituto. Eres perfecta para formar parte de mi plan.

—Ajá —soltó girando la cabeza hacia la cancha de deportes, calculando la velocidad adecuada para poder huir de ahí y dejar al raro de Matt delirar solo.

—¡No huyas, que ni me has dejado terminar! —exclamó el modelo recargándose en los bebederos para obstruirle la visión—. Si me escuchas, ambos podremos sacar ganancias con esto.

—¿Ganancias? —cuestionó con interés.

Astuta, era astuta, no interesada, ¿de acuerdo?

—Sí. Hablando se consiguen grandes oportunidades. Si aceptas ser mi novia, conocerás cada una de mis brillantes ideas —comentó Matt con algo más de confianza, en realidad, estaba dejando salir su lado altanero y prepotente que le hacía girar los ojos con solo escucharlo respirar.

—Sí, verás. Hay cientos de chicas en este instituto con las que puedes salir y ten por seguro que aceptarían sin explicaciones, no dirían ni una sola palabra si les hablas con voz *sexy* al oído.

—Eso es seguro —dijo como alguien que sabe que es irresistible para casi todas las mujeres del mundo—, pero tú eres más fácil.

Esas palabras le hicieron dejar caer su cabeza de lado, lanzándole una advertencia con la mirada. Levantó una ceja y frunció sus labios.

Matt pareció percatarse de sus palabras y se aclaró la garganta antes de seguir hablando, pero, desde luego, no se disculpó, ni por asomo.

—Lo que quiero decir es que es más sencillo salir contigo, o se supone que debía serlo, y que mantengas tu apariencia normal que pedírselo a cualquier otra chica —gruñó con enfado—. Se supone que esto no iba a tomarme más de dos minutos. Parte de mi plan era hacerte una sencilla pregunta y que tú aceptaras, salir de aquí tomados de la mano y después dar la noticia por Instagram. Pero no, me tienes aquí rogándote y sin darme la respuesta que necesito escuchar.

—Debe ser difícil para ti insistir tanto, ¿verdad? —comentó con diversión.

—¿Quieres ser mi novia sí o no? —volvió a preguntar entre dientes.

—No lo sé. —Colocó el dedo índice en su barbilla y ladeó un poco la mirada—. Es que hasta el momento sigo sin comprender qué ganaría con esto.

Matt puso los ojos en blanco como si esperase esa respuesta desde el inicio.

—Saldrás conmigo, es lo mejor que te puedes ganar. —Se señaló de arriba abajo y ella entendió que él hablaba en serio.

Soltó una fuerte carcajada antes de colocar ambas manos en su cintura.

—No, ya, en serio —dijo, aún riendo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué puedes darme? —cuestionó.

—No lo sé. Dime qué quieres y lo conseguiré para ti, no lo dudes. —Se acercó a ella atreviéndose a tomarla por el mentón con suavidad y casi pudo percibir cierta duda por parte de él al hacer esa acción.

Ella sonrió.

—Primero, aparta tu mano de mi cara. —Él dejó caer su mano, resoplando—. Y segundo, hoy puedo no tener nada en mente, pero, tal vez, mañana quiera el mundo.

—Pues lo conseguiré para ti.

La sonrisa de suficiencia no cabía en su rostro.

Matt observó a Jeanne y no comprendió cómo una chica con esa apariencia podía tener una personalidad tan... molesta. Ella cargaba esa imagen de niña bien portada, esa chica que solo se volteaba a ver una vez de lo común que resultaba ser. Su lacio y largo cabello y ojos castaños junto a su color de piel claro y cuerpo con apenas curvas no la destacaban del resto de chicas del instituto, era lo que el mundo conocía por persona «normal».

Y él necesitaba a alguien que derrochara normalidad.

Al menos era una de las características que estuvo buscando en una mujer durante semanas. Y cuanto más se cruzaba con ella en los pasillos del instituto, más se había convencido de elegirla. Pero jamás pensó verse envuelto en esa situación.

¿Por qué Jeanne no podía aceptar como cualquier otra chica y listo?

¿Por qué incluso en ese momento ella parecía estar a punto de rechazarlo aun después de haberle prometido el mundo?

¿Y si ella no era una buena opción para llevar a cabo su plan?

Tal vez sería bueno decirle que todo eso era una broma y buscar a alguien más.

Pero no había nadie más.

Suspiró fijando la vista en sus ojos castaños.

—Entonces, ¿aceptarás ser mi novia? —preguntó por última vez. Si ella se negaba, entonces asumiría las consecuencias que lo llevaron a cometer tales actos.

Ella vio al piso sacudiendo sus zapatos, con cierta duda en sus acciones.

—¿Cuánto tiempo será? —preguntó, levantando la mirada a él.

—Un par de meses. Todo eso podemos hablarlo después de clases. Solo necesito que estés un ochenta por ciento convencida, o de lo contrario, hablarte de todo esto sería una pérdida de tiempo y tendría que matarte —terminó, en un intento de broma que no le salió como esperaba al ver la expresión de Jeanne.

Ella hizo un movimiento de cabeza, que interpretó como un asentimiento, y enseguida extendió su delgada mano a él. De inmediato la estrechó, pues no planeaba dejar escapar ese porcentaje de posibilidad.

Cuando ella intentó apartarse, él apretó su mano más fuerte.

—Necesitamos una foto para Instagram, de esta forma haré el anuncio oficial y, al finalizar las clases, seremos la pareja sensación del momento —comentó con emoción sacando su celular del bolsillo del pantalón.

—¿Aunque solo esté convencida un ochenta por ciento de aceptar tu trato? —preguntó intentando zafarse de su mano.

—Sí, vas a ver que todo saldrá bien, ambos saldremos beneficiados de este pequeño juego y lo mejor es que no habrá sentimientos de por medio —habló tan convencido que ni él mismo podía creer la confianza que tenía en ese trabajo.

—Desde luego.

—Ahora, la foto. —Se acercó a ella para poder abrazarla por la espalda, Jeanne ladeó un poco su cabeza y sonrió, él también hizo lo mismo y tomó la foto.

Revisó la pantalla de su celular, pero la imagen no le convenció del todo, sin dudarle dos veces la eliminó y volvió a abrazar a Jeanne, que parecía sorprendida por no haberle avisado de que la tocaría otra vez.

—Tenemos que vernos más felices, sonríe a la cámara de nuevo —le pidió y ella rodó los ojos antes de sonreír.

Tomó una nueva foto, pero antes de que Jeanne se alejara, la tomó por la cintura y revisó la imagen.

Lo malo de ser modelo y tener visión de fotógrafo era que no cualquier trabajo le convencía. En esa la iluminación no era lo más adecuada y el rostro de Jeanne se veía muy pálido a su lado.

Observó a su alrededor y el fondo del árbol a unos pasos de ellos era perfecto, ese efecto de luz y sombras de las hojas y ramas conseguiría crear una increíble atmósfera para la fotografía.

Levantó el celular y antes de pedirle a su casi novia falsa que posara para la cámara, ella ya estaba sonriendo. Con solo la sonrisa de Jeanne se activó el disparo automático de la cámara y la foto se tomó sin él haber volteado.

Molesto, vio la previsualización y se sorprendió al ver lo natural de esa fotografía.

Él estaba mirando a Jeanne y parecía estar enamorado de ella.

Era un excelente actor. Qué orgulloso estaba.

Se encogió de hombros y entró a su Instagram para subir la foto, agregó una corta descripción, buscó a Jeanne para etiquetarla y en cuestión de segundos ese pequeño juego ya estaba hecho.

—Te acabo de etiquetar en Instagram, deberías darle me gusta y dar *repost* a la imagen, así será más creíble y oficial.

Escuchó a Jeanne suspirar y la vio sacar su celular.

—¿Ya me seguías en Instagram? —le preguntó entrando a su perfil. Él consiguió distinguir que ella contaba con apenas dos notificaciones, qué triste.

—Sí —dijo en respuesta a su pregunta—. Te empecé a seguir hace un par de semanas, ¿cómo no te diste cuenta?

—Mi hermanita es quien usa mi cuenta porque mis padres no la dejan tener redes sociales, así que, a cualquier novedad en mis

redes, ella es la primera en enterarse —la escuchó mientras la vio entrar a la fotografía de su perfil y compartirla—. Listo, la compartí y le puse muchos corazones amarillos.

Resopló y guardó su celular en el bolsillo de su pantalón.

—No se te vaya a derretir el corazón con tanto amor, ¿eh? —comentó con sarcasmo, pero Jeanne ya estaba caminando para alejarse de él—. ¡Oye! Hoy pasaré por ti después de clases para hablar con detalle de todo esto.

Ella agitó su mano sin voltear a verlo y siguió caminando.

Bien, debía reconocer que fue difícil, pero lo consiguió. Jeanne casi era su «novia» y, cuando aclarara todas sus dudas, de seguro ambos conseguirían engañar al mundo el tiempo suficiente.

Todo estaba saliendo bien.

Asintió satisfecho y caminó al lado contrario de Jeanne sin dejar de escuchar las notificaciones en su celular.

Al finalizar las clases la relación entre él y Jeanne era oficial.

¡Eran el tema de conversación del momento! No solo entre los alumnos, también profesores y demás personal del instituto estaban susurrándose mientras lo veían caminar por los pasillos. Susurros nada discretos, pues, a decir verdad, escuchó con facilidad a varios estudiantes decir que Jeanne lo engatusó para que salieran y que, a pesar de la seriedad de la castaña, había utilizado sus habilidades para convencerlo de salir.

También existía otro rumor en donde comentaban que él llevaba mucho tiempo interesado en Jeanne, ya que en ocasiones se lo había visto observándola, y era verdad, las últimas dos semanas no paró de seguirla con la mirada cada vez que la veía pasar cerca de él, pero en su defensa solo la observó cuando se dio

cuenta de que era buena candidata para pretender ser su novia y eso era todo. No había nada más.

Llegó al salón de Jeanne en el momento que la profesora dio la indicación de salir del aula. Se recargó en la pared, a un costado de la puerta para poder verla y que no se escapara, pero esa posición también le permitió ver las miradas que sus compañeros le dedicaban a su «novia». Algunas eran amistosas acompañadas de sonrisas, pero otras, sobre todo de las chicas, eran envidia pura. Era cierto lo que había escuchado en la agencia; la peor enemiga de la mujer era otra mujer.

Los alumnos fueron saliendo de todos los salones y, como era costumbre, muchos llamaron su atención para despedirse, ya sea desde lejos agitando las manos o los hombres dándole una palmada en el hombro. También era común que las chicas le dieran un beso en la mejilla, pero en ese momento se encontraban distantes, dudando de si era adecuado ahora que tenía novia y, sobre todo, que estaba justo fuera de su salón.

Por cierto, asomó la cabeza, pues tenía ya un par de minutos esperando a Jeanne y no salía, pero una palmada en el hombro lo hizo desequilibrar y entrar al salón a trompicones. Los pocos estudiantes que estaban dentro voltearon a verlo y escuchó una carcajada que supo que había provenido de Jeanne cuando la vio cubrirse la boca con velocidad.

—Alguien vino por ti —comentó una chica rubia, alta de ojos verdes que siempre estaba cerca de Jeanne o corriendo detrás de una pelota de fútbol. A pesar de conocer los nombres de las dos amigas de Jeanne, no estaba seguro de si ella era Micah o Mónica, el hecho de que empezaran con la misma letra lo confundía.

Jeanne se levantó de su asiento y después de despedirse de su amiga, dándole un abrazo y un beso en la mejilla, se acercó, se

detuvo frente a él y lanzó un suspiro acompañado de un encogimiento de hombros, a la espera de algo.

—¿Nos vamos? —Él le extendió la mano y ella permaneció unos segundos viéndolo antes de aceptar.

Salieron del salón y caminaron por los pasillos del instituto sin dejar de ser el centro de atención. Los estudiantes no hablaban con claridad, solo se escuchaban susurros y se veían las intensas miradas sobre ellos. Era peor que ser el tema principal de un programa de chismes. Aun así, intentó hacer plática con Jeanne para que todo fuese más natural, pero a pesar de obtener respuestas de vuelta, se sentía todo muy cortante.

Cierto era que debía hacer un esfuerzo por conocerla mucho más, pero ya tendría tiempo para ello.

Aún seguían tomados de la mano, por ello se dio cuenta de cuando Jeanne tropezó y, de no ser por sus reflejos, que alcanzó a tomarla con velocidad por la cintura, ella habría caído.

La ayudó a ponerse de pie y de inmediato la vio dirigir la mirada a un grupo de cuatro chicas que empezaron a soltar carcajadas burlescas y solo se detuvieron cuando él las volteó a ver. Sus rostros se tornaron serios y dos de ellas se apartaron con vergüenza.

—Deberías aprender a caminar —soltó una chica alta de cuerpo grande e intimidante que estaba dirigiéndose solo a Jeanne.

—El mismo consejo para ti —le respondió la castaña con una sonrisa—. No es correcto caminar con los pies hacia afuera, porque puedes entorpecer a los demás y ensuciar tus pulcros zapatos.

La chica, que empezó a reconocer como integrante de su club de «fans», no ocultó su enojo y lo volteó a ver con mala cara.

—¡Cómo puede ser posible que salgas con ella! —le reclamó gritando en medio del pasillo. De reojo vio cómo todo el mundo

empezó a rodearlos, incluido un par de profesores que estaban atentos por cualquier disturbio que se pudiese ocasionar.

Lanzó un suspiro, ya cansado de ese día, y rodeó con un brazo los hombros de Jeanne.

—Te agradezco por ser mi seguidora, sé que siempre has estado apoyándome, pero si te metes con Jeanne, entonces no quiero tu apoyo ni el de nadie. —Se giró pasando la mirada con rapidez por todos los presentes—. Jeanne es mi novia ahora y no tenemos que dar explicaciones de nuestra relación a nadie ni soportar sus conversaciones y miradas hostiles. Si les parece, bien, y si no, me da igual. Y si le hacen algo malo a Jeanne, se las verán conmigo...

—Aunque Jeanne puede protegerse sola —señaló ella levantando la voz, acción que lo hizo sonreír y la volteó a ver.

—Aunque ella pueda defenderse por sí misma —añadió—. No dudaré en protegerla.

Después de una última mirada de advertencia, ambos se abrieron paso entre la multitud de estudiantes y caminaron hasta salir del edificio. Una vez fuera detuvo a Jeanne sujetándola por los hombros.

—Todo el mundo nos está observando —comentó, esperando que ella captara la indirecta, pero la castaña levantó las cejas cuestionándolo con la mirada—. Es buen momento para... Ya sabes.

¿Por qué se sentía tan incómodo? No es como si jamás en su vida hubiese hecho eso.

Era extraño que le estuvieran sudando las manos en ese momento.

—Pero... Ah. —Asintió comprendiendo con rapidez—. Pero hazlo tú, se supone que eres quien está más enamorado.

Sacudió la cabeza y, sin darle tiempo de agregar otra cosa, la tomó de la cintura y aprisionó sus labios con los de él. Los labios de Jeanne se pusieron tensos bajo los suyos y después de unos segundos siguieron un tímido beso. Él no había besado de esa manera desde... nunca, por lo regular las chicas se morían por besarlo y devoraban su boca, en cambio, con ella era diferente, era lento, delicado y cariñoso. Sus ojos, que se habían cerrado con fuerza, se suavizaron y el brazo con el que rodeaba la cintura de Jeanne había afirmado más su agarre. La reacción de ella era más suave, más inocente, y cuando la razón lo golpeó, entendió que le había robado su primer beso.

CAPÍTULO 02

¿No te dejan tener novia?

Podía ver a Jeanne a través de la copa con vino que le estaba sirviendo uno sus meseros. Ella estaba observando todo a su alrededor y no paraba de pensar que se veía tan fuera de lugar.

Después de su «romántico» beso en el patio del instituto caminaron con paso apresurado y entraron en el auto que, como siempre, lo estaba esperando en la entrada principal. Algunos minutos después terminaron llegando a su casa, que por unas semanas estaría disponible solo para él. Se sentía agradecido de que sus padres se encontrasen fuera, pues así podría explicarle a Jeanne todo sin tener que estar murmurando por temor a que ellos fuesen a escucharlo.

Por eso también se habían instalado en el rincón más apartado, en una pequeña terraza fuera de uno de los tantos estudios de su hogar. Ahí no pasaba ni una mosca y solo podían entrar dos de sus más confiables trabajadores: su mayordomo y uno de los meseros. Los mismos que se estaban encargando de llevarles la comida.

Después de dejar toda la mesa preparada ambos hombres salieron y al fin pudo estar a solas con Jeanne, quien no tardó ni un minuto en hablar.

—¿No crees que esto es demasiado? —Señaló toda la mesa.

Él observó los platillos y no encontró nada fuera de lo normal, era una comida balanceada, tal vez se viesen muchos platos, pero eran las porciones adecuadas que debían ingerir jóvenes de su edad.

—Para mí todo está normal —comentó tomando su copa de vino.

—Ah, sí, claro, es supernormal que un chico de dieciocho años esté tomando vino a la hora de la comida —dijo con sarcasmo.

—Oye, todo el mundo debería consumir una copa diaria, el vino tinto es muy beneficioso para la salud, tiene propiedades como... —Se detuvo al ver que Jeanne estaba perdiendo el interés en escucharlo y era lo que menos debía provocar—. Aunque no estamos aquí para hablar sobre las propiedades del vino.

—Exacto, aún debo llegar a mi casa para ayudar con la cena, así que sería mucho mejor si agilizáramos toda esta plática para tener claro el asunto en que estamos involucrados —terminó moviendo ambas manos sobre la mesa, gesto que le recordó a los movimientos de los raperos y rio un poco, disimulándolo con una tos falsa.

—Correcto, hablemos. —Dejó su copa de vino a un lado y centró su atención en la joven castaña frente a él, quien apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando sus dedos a la altura de su mentón y terminó posando su barbilla ahí, adoptando una expresión seria y bastante madura.

Él, por su lado, cruzó los brazos sobre su pecho y recargó la espalda en la silla buscando sentir comodidad, pues de pronto

estaba nervioso y era lógico, jamás había tenido que confesar a nadie algo tan vergonzoso como lo que estaba a punto de decir y mucho menos a una chica como Jeanne, que lo único que hacía era lanzar miradas serias. Sin embargo, debía hacerlo o no valdría nada el pedirle que fuese su novia y mucho menos el haberla besado frente a todo el instituto. Por ello, respiró profundo y habló.

—Mis padres quieren conocer a mi novia porque, según ellos, estoy en la edad de tener una relación romántica estable. Y eso añadiría un punto a mi favor en mi carrera, que cada vez va en aumento —se permitió alardear—. Es por ese motivo que quieren conocerla.

—¿Y por qué simplemente no les dices que no tienes novia? —le preguntó ladeando con suavidad la cabeza.

—Ellos creen que sí tengo pareja porque tal vez se me escapó una que otra mentirilla en alguna de nuestras conversaciones —confesó y bajó la mirada a su plato de comida, que ya se estaba enfriando.

—¿Eres *gay*? —murmuró Jeanne inclinándose sobre la mesa con bastante interés, pero él le lanzó una mirada y ella volvió a tomar su postura seria, aunque en ese momento su rostro reflejó estar lleno de dudas—. Lo siento, continúa.

—El punto es que mis padres creen que tengo una novia que va a mi instituto y tal vez ellos pueden tener una idea de que esa chica es como tú...

—¿Por qué como yo?

—Ya sabes, una chica normal, así como tú. Un estatus social medio, belleza común, mmm, toda tú. —La señaló moviendo su mano de arriba abajo sin saber qué más decir sin ofenderla—. El punto es que una novia no está dentro de mi plan de vida en estos momentos porque, contrario a lo que piensan mis padres, no estoy para nada estable. Esto de viajar cada vez que hay

trabajo, dejando atrás mis estudios y ese tipo de cosas por meses, no me ayudaría a tener una relación sana y estable. Por eso para mí es mejor fingir, así le doy tranquilidad a mis padres y que dejen de pensar que soy *gay* —remarcó esa última palabra y Jeanne apretó los labios reprimiendo una sonrisa—, y no tengo que comprometerme a nada serio.

—Decir la verdad también funciona, ¿sabes? —comentó Jeanne, dejándose caer en el respaldo de la silla—. Pudiste haberles dicho que no tienes novia ni dudas sobre tu orientación sexual y asunto resuelto. ¿Qué hubieras hecho si yo no hubiese aceptado esto?

—No lo sé —resopló.

—¿Estabas convencido de que aceptaría? —preguntó con un tono de voz un poco más amable.

—Bueno, desde que te conozco has querido ser actriz, así que imaginé que esto podría interesarte, sería como un entrenamiento, tú finges ser mi novia, yo consigo convencer a mis padres y ambos ganamos —contestó y ella le sonrió con un ligero asentimiento de cabeza—. Además, no podría pedirle a cualquier otra chica, todas quieren estar conmigo y se volvería problemático si en realidad se enamora de mí.

—Qué difícil debe ser para ti que las chicas se mueran por salir contigo —habló Jeanne con sarcasmo. Esa chica a veces era muy cruel.

—Hablo en serio. Pedirle ayuda a cualquier chica del instituto no resultaría. Y afirmo que ninguna de mis amigas modelos entra en el concepto de «normalidad» que tienen mis padres.

—Si me permites, creo que tus padres y tú tienen el concepto de normalidad demasiado distorsionado.

—Somos figuras públicas, a donde sea que vamos es común que haya una o varias cámaras siguiéndonos. —Se encogió de

hombros viendo a Jeanne, que parecía no entender nada de su mundo—. Para mi familia, la normalidad es alguien contrario a nosotros. Una persona como tú.

Jeanne ladeó sus labios en una sonrisa burlona y desvió la vista de él unos segundos. A pesar de no conocerla completamente podía distinguir que estaba analizando la conversación. Se alegraba de que las semanas que estuvo observándola le ayudaran en ese momento.

Además, ellos no eran completos desconocidos. Habían estudiado en la misma secundaria y por dos años en el mismo grupo, cuando entraron al instituto de nuevo se cruzaron en muchas clases, y aunque no se dirigieran la palabra más de lo necesario, sabían de la existencia del otro.

Tal vez de ahí venía esa pizca de confianza que sentía hacia Jeanne para contarle esa parte tan vergonzosa de su vida. Estaba seguro de que a nadie más le confiaría ese secreto, porque cualquier persona podría usarlo en su contra, pero esa chica era diferente, solo bastaba con ver su rostro y sus expresiones de indiferencia para saber que no diría nada.

Y porque, por más astuta que pudiese ser, también era una persona profesional, sabía que, si se iba por el tema de la actuación, ella lo tomaría como un trabajo. Jeanne era muy apasionada, se notaba en cada una de sus actividades.

Sacudió su cabeza, sorprendiéndose de repente por lo mucho que parecía conocerla a pesar de todo.

Jeanne estaba tocando sus labios con un par de sus dedos, de forma ansiosa, pero le hizo recordar de nuevo el beso que se habían dado en el instituto, más que nada porque se notaba que ella no había besado antes. Se preguntó si estaría molesta, aunque él creyó entender que le estaba dando permiso en el momento que se lo insinuó.

—Entonces —habló Jeanne sobresaltándolo por la repentina ruptura de silencio—. Tengo que fingir que soy tu novia porque decidiste jugar a Pinocho con tus padres y decirle que tienes pareja, ¿verdad?

Él asintió.

—Un resumen bastante bueno.

—Y ¿cuánto tiempo llevamos saliendo? ¿Cómo nos enamoramos? ¿Por qué decidimos hablar sobre la relación hasta ahora? —empezó a hablar con velocidad y enlistar con los dedos cada pregunta. Él fue tomando notas mentales para poder responderle con claridad, aunque dudaba recordar todo—. ¿Tenemos un apodo cariñoso? ¿Debo etiquetarte en cada foto que subamos a Instagram? ¿Alguna exnovia loca de la que deba saber? ¿Conozco a tus padres? ¿Cuándo hablarás con los míos? Sobre todo esta última. Vas a hablar con mis padres, ¿verdad?

Él se acercó a la mesa sonriéndole y extendió el brazo.

—Si me estás haciendo todas estas preguntas es oficial que estamos en esto, ¿cierto? —le preguntó con detenimiento y sin borrar la sonrisa de triunfo en su rostro. Una vez que estrecharan sus manos tendría una tonelada menos sobre sus hombros—. ¿Estamos en esto?

—Pues sí, ya hiciste una publicación en Instagram, me «presentaste» frente a todo el instituto y ¡ME BESASTE! —Jeanne estrechó su mano con fuerza, provocándole un hormigueo, pero no la soltó, en su lugar sacudió su mano por bastante tiempo, así se aseguraba de que ambos estaban conscientes sobre el cambio en sus vidas a partir de ese momento—. Nada de lo que pasamos habría valido la pena si decido no aceptar. Pero insisto, debes hablar con mis padres y ser muy convincente para que me dejen salir contigo.

Su mano se quedó congelada y con lentitud la soltó.

—¿A qué te refieres? ¿No te dejan tener novio? ¿Me estás insinuando que tus padres son muy sobreprotectores? —habló con un poco de temor en su voz.

No es que no tuviera confianza en sí mismo, de hecho, la mayoría de los adultos lo amaba, solo bastaba con ver su rostro para transmitirles ese sentimiento de confianza, pero si los padres de Jeanne eran igual o peor que ella en carácter, podría tener algunas dificultades.

Pero lo conseguiría, todo fuese por mantener a salvo su mentira.

—No es eso, tengo bastante libertad, pero... Supongo que tendremos que pasar mucho tiempo juntos para que nuestra relación parezca más real, y eso sí merece una explicación para mis padres, sobre todo porque mi postura hasta la cena de ayer era «no tendré novio de aquí hasta la universidad» —explicó juntando las palmas de sus manos frente a su mentón—. No quiero ser yo la que cambie de parecer de un día a otro.

—Está bien, mañana cuando vaya a tu casa para irnos juntos al instituto les diré a tus padres que estoy muy enamorado de ti. —Le lanzó un beso y ella agitó su mano al aire como si hubiese mandado a volar su falso afecto.

—¿Cómo que vas a pasar por mí? —preguntó con curiosidad.

—Sí, ahora que hemos hecho pública nuestra «relación», tal vez seas acosada por alguno que otro curioso, así que mejor iremos juntos todas las mañanas y también pasaré a dejarte a tu casa todas las tardes después de nuestras reuniones.

—¿Reuniones?

—Así es —contestó para después darle un sorbo a su copa con vino.

Al fin estaba más relajado, pues sentía que Jeanne y él ya estaban caminando sobre la misma línea.

—¿Reuniones para qué? —le cuestionó con seriedad—. ¿Acaso no es suficiente con fingir ser novios en el instituto?

—Cierto. —Chasqueó sus dedos—. Olvidé decirte, pero te presentaré con mis padres el día que regresen de su viaje de negocios y justo ese día habrá una fiesta por el aniversario de su agencia. Entonces tendrás que aprender a actuar más «elegante», por decirlo de alguna forma.

—¿Elegante? —la expresión de Jeanne reflejó disgusto—. Sé que tal vez mi postura al caminar no sea muy correcta, pero puedo ser «elegante» y fingir excelentes modales por una noche, no creo que sea necesario un entrenamiento para ser tu novia perfecta.

—No, no tienes que actuar perfecta, prometo que solo serán unos detalles. Como tú misma dijiste, tu postura al caminar, no poner tus codos sobre la mesa —comentó intentando hablar con tacto y ella se observó antes de bajar sus brazos de la mesa—. El uso correcto de los utensilios para la cena, un poco de baile de salón, algunas palabras que no usas de forma adecuada...

—Pero lo bueno es que te enamoraste de una chica normal —se burló y colocó los codos sobre la mesa a propósito, sin apartar la mirada de él. Lo estaba retando y en cierta forma le agradaba que ella fuese así—. ¿Y luego? ¿Cuánto tiempo estaré aprendiendo a ser tu novia? Y lo más importante, ¿cuánto tiempo fingiremos ser novios?

—Sobre lo de reunirnos, me gustaría que fuesen dos o tres días a la semana, pero si tenemos mucha tarea o tienes otros compromisos, puede ser los fines de semana. Por otro lado, eso de «fingir» ser novios se oye mal. Podríamos buscar otra forma de llamar... esto.

—Pues la realidad es que es una mentira, un juego, al final solo... No sé. ¿Jugamos a ser novios?

Él se llevó una mano al mentón y se rascó con el dedo índice.

—Oye, eso último suena bien, imagina una serie con ese título. —Extendió sus manos frente a su rostro como si estuviera anunciando algo—. Jugamos a ser novios. Llamaría de inmediato la atención del espectador. Lo propondré cuando me vaya a Europa a grabar la miniserie.

Jeanne golpeó la mesa con ambas manos, de pronto había un reflejo de interés en sus ojos.

—¿Vas a grabar una serie? —preguntó con emoción sin ocultar la sonrisa y el brillo en sus ojos. En verdad le apasionaba la actuación.

—Sí, para junio me iré a España y de ahí nos moveremos con el elenco a varios puntos de Europa para grabar la serie. Y también haré muchos trabajos de modelaje.

—Súper. Entonces, ¿solo seremos pareja hasta junio? —le preguntó y él asintió.

—Incluso podríamos terminar antes. Este viaje de trabajo es la oportunidad perfecta. Podríamos decir que no estamos listos para una relación a distancia y separarnos antes. Así les demostraré a mis padres que no puedo tener una relación estable mientras siga con este ritmo de trabajo. Las cosas saldrán muy bien.

—Tienes todo planeado, ¿verdad?

Asintió con orgullo.

—No habrá ningún problema. Siempre y cuando nos apeguemos al plan, ambos saldremos ganando. —Su estómago gruñó y vio su platillo que ya estaba frío. Suspiró y tomó su copa de vino, Jeanne tomó el vaso de agua mineral y ambos elevaron sus bebidas—. Por una de las mejores experiencias de nuestras vidas. Salud.

—Y por el «mundo» que me debes —le recordó Jeanne con un esbozo de sonrisa—. Salud.

Eran casi las siete de la noche cuando Matt y su chofer la dejaron a una calle de su casa, a petición de ella, pues no quería que nadie la viera llegando en un auto tan lujoso, no al menos hasta que sus padres estuviesen enterados.

Entró a su casa y solo estaban dos de sus hermanos sentados en el sillón haciendo tarea.

—¿Dónde están mamá y papá? —les preguntó dejándose caer en el sillón individual de la sala.

Su hermana volteó a verla.

—Fueron por comida porque ninguno de los dos quiso cocinar por esta noche —le respondió con sus intensos ojos castaños. La mirada de todos en su familia era casi igual, pero la de Brenda era más intensa, siempre parecía buscar algo más en las personas a través de los ojos—. ¿En dónde estabas? Micah pasó a buscarte hace un par de horas.

—Mmm, estaba ocupada con unos pendientes que tenía desde hace tiempo —le respondió.

Brandon, el mellizo de Brenda y mayor, levantó la vista de su cuaderno y frunció el ceño en su dirección.

—Dudaste —comentó y ambos permanecieron viéndola.

La mirada tan fría de sus dos hermanos mellizos le hizo entender que no podría escapar de una larga explicación. Matt no la tendría difícil para convencer a sus padres, pero no podía asegurar nada con Brandon y Brenda.

Esos mellizos juntos eran imposibles.

CAPÍTULO 03

¡Pequeña familia?

Esa mañana se levantó con el pie izquierdo.

La noche anterior cambió su alarma para poder levantarse más temprano y estar listo para pasar por la casa de Jeanne y tener una plática formal con sus padres, pero en ese momento se sentía corto de tiempo porque su alarma no había sonado. Se levantó corriendo con las sábanas enredadas y terminó cayendo al suelo, dándose en la frente. Agradeció no tener ninguna sesión de fotos en esos días porque seguro tendría un chichón por un tiempo.

Entró al baño para ducharse, pero al tratar de hacerlo rápido para ahorrar tiempo terminó con *shampoo* en los ojos ganándose una buena irritación y dejándolos enrojecidos. Salió del baño y se apresuró a cambiarse con el uniforme del instituto, tomó su celular de la mesita de noche al lado de su cama y su mochila para bajar corriendo a desayunar.

Se sentó en la mesa, donde su usual desayuno estaba servido, y tomó su taza con café, pero se quemó y derramó gotas de sobre su camisa del uniforme, cuya blancura no le permitía ocultar las

manchas por pequeñas que fuesen. Por suerte siempre tenía un repuesto limpio en caso de ese tipo de accidentes.

Después de cambiarse por segunda vez salió de su casa y corrió al auto antes de que más tragedias le fuesen a suceder. Se recargó en el asiento y le dio indicaciones a su chofer para poder ir con Jeanne, deseando que la plática con los padres de la muchacha fuera mejor de lo que habían sido aquellos cuarenta y cinco minutos.

El auto estacionó frente a una casa pequeña de dos plantas en donde su «novia» le había dicho que vivía. Tomó aire profundo empezando a sentir un poco de nervios, pero aun así salió del auto para caminar a la entrada principal de la casa.

Llegó a la puerta y buscó el botón del comunicador, pero no lo encontró por ningún lado, en su lugar vio un pequeño botón blanco a un costado de la puerta, aunque este no tenía cámara de video o algún micrófono para hablar. Confundido, aclaró su garganta y apretó el botón, que produjo un extraño sonido de campanillas en el interior de la casa. Sus ojos se abrieron de la impresión al escuchar un grito proveniente de la casa que le avisaba que iban a atenderlo. ¿Cómo sabían que era él quien había presionado el botón blanco?

La puerta se abrió solo unos centímetros, dándole la oportunidad de ver el rostro de una chica que se parecía demasiado a Jeanne, pero supo que no era ella por la forma redonda de su rostro. Lucía un poco más joven, pero el parecido era sorprendente, podrían ser gemelas.

—¿Diga? —preguntó la joven, aún sin abrir la puerta en su totalidad, en realidad al prestar atención pudo escuchar un chillido de un niño y vio cómo la mini-Jeanne estaba forcejeando con la puerta, como si alguien estuviera jalándola por dentro.

Abrió la boca para preguntar por Jeanne, pero un golpe en su espinilla lo obligó a tragarse una maldición y se recargó en el marco de la puerta para no caerse.

—¡Frank! —exclamó la muchacha tomando en sus brazos a un pequeño de tal vez unos tres o cuatro años que tenía un avioncito de plástico en sus manos y señalaba al carrito que había impactado en su espinilla. Ella se disculpó mientras se inclinaba para tomar el carrito—. Perdona, ¿a quién busca?

—¿Vive aquí Jeanne Ramirez? —preguntó y vio al niño pequeño correr al interior de la casa, segundos después escuchó una voz masculina quejarse y empezó a entrar en pánico. Ahora que la puerta ya estaba abierta, notó ese lugar muy pequeño y ruidoso—. Sabes, creo que me equivoqué.

—No, para nada, ella vive aquí, la llamo ahora mismo. Adelante —comentó la chica, haciéndose a un lado para permitirle pasar. Dio dos pasos y ya estaba dentro, la puerta se cerró detrás de él. La chica gritó casi en su oído—. ¡Hermana! ¡Un muchacho guapo te busca!

Un montón de piezas de legos cayó sobre ellos y vio a la chica gritarle molesta a su hermano, supuso que lo era porque lucían bastante similares, antes de correr detrás del pequeño, dejándolo a él ahí en medio de la casa. Tenía la puerta detrás y si daba un paso al frente estaría pisando el inicio de las escaleras que llevaban a la segunda planta.

Volteó a su lado izquierdo y vio la sala, un lugar pequeño con dos largos sillones color café y uno más negro que era individual. Ahí distinguió a un montón de niños y se preguntó si la familia de Jeanne tenía una guardería.

Quizá ese fue su primer error.

Por quedarse viendo fijamente a la sala, una de esas niñas se levantó del sillón viéndolo con emoción, la pequeña se cubrió la

boca reprimiendo un gritito, pero aun así empezó a saltar por el lugar —empujando, de forma bastante salvaje, a todo el que se atravesara a su alrededor— hasta que llegó a él.

—¡Eres Matt! ¡El actor y modelo! ¡Maaaaa! —gritó la niña y empezó a dar vueltas a su alrededor. A pesar de su emoción se dio cuenta de que, de cierta forma, ella estaba respetando su espacio personal, pues mantenía una distancia prudente, pero ya lo estaba mareando con tanto movimiento en círculo.

—Ya veo por qué se me hizo familiar su rostro —dijo la chica que le abrió la puerta, ahora ella estaba sentada en uno de los sillones, con otro muchacho que parecía ser de su misma edad y se veía bastante similar a ella. ¿Eran gemelos? Si antes creyó que esa chica y Jeanne se parecían, pues ese muchacho era una copia exacta.

—Es el chico de la película, ¿no? —Lo señaló el mismo joven, viéndolo con el ceño fruncido—. Y el papel tapiz de la habitación de Lissa.

—¡Sí! —exclamó la niña que una seguía dando vueltas a su alrededor.

No exageraba al sentir náuseas. Había demasiadas personas ahí. Y aún faltaban Jeanne y sus padres.

—Hola. —Levantó una mano con timidez, saludándolos a todos. Jamás se había sentido así. Y él estaba acostumbrado a trabajar en multitudes, pero algo en ese lugar lo estaba asfixiando. Hacía años que su asma estaba bajo control y no había tenido ningún ataque, pero en ese momento sentía que algo estaba llegando.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó la chica que lo atendió primero.

—Busco a Jeanne —le respondió luego de aclarar su garganta.

—Qué interesante. —Ella tenía una sonrisa ladeada y lo estaba viendo con interés. Notó que su mirada era intensa, tanto que lo obligó a apartar la vista y decidió voltear a la escalera, con la esperanza de ver a Jeanne.

El pequeño continuó tirando sus juguetes al piso, la niña seguía saltando a su alrededor y los dos adolescentes estaban en el sillón observándolo, no estaban siendo nada discretos. Cuando creyó que eso era todo lo que le esperaba, escuchó la cadena de un baño y, a un lado, debajo de la escalera, se abrió una puerta, al cerrarse vio a un chico que se detuvo frente a él.

Él era más joven que los dos adolescentes, pero más grande que la niña dando vueltas.

—¿Quién eres? —preguntó y pudo notar en su voz que estaba en esa difícil etapa del cambio de voz. Pobre.

—¡Es el famoso modelo y actor! ¡Es Matt! —exclamó la pequeña, su presentadora oficial.

—¿El quién? —preguntó otra voz. Un hombre con un delantal de cocina que tenía escrito «El mejor papá del mundo» salió de su lado derecho.

¿Cuántas personas vivían en esa casa? Ya estaba mareado y quería sostenerse de algo, pero la niña a su alrededor no lo dejaba moverse.

—¿Y a este qué? ¿Se le perdió algo? —comentó otra voz más, que, al igual que el señor del delantal, salió de la cocina. Este era un muchacho, quizá de su edad o un par de años más grande, pero se veía aterrador, tal vez por la mirada molesta que le estaba lanzando.

Si tuviese que dar una descripción de todos en esa casa, se resumía en cabello y ojos castaños, piel blanca y facciones bastante similares, eran de esas familias que no se podía ignorar que lo eran. Desde el más pequeño hasta el más grande eran iguales.

—¿Por qué hay tanto escándalo? —gritó la única voz que sí reconocía y se alegró tanto de escuchar que casi corrió a abrazarla. Jeanne apareció al final de la escalera con una cara bastante mala, parecía no haber dormido nada, pero cuando sus miradas se encontraron, vio que todos los colores pasaron por su rostro antes de murmurar su nombre—. Matt.

—Hola, buenos días, Jeanne —saludó, hablando rápido.

Ella no apartaba los ojos de él, aunque ya estaba bajando las escaleras. El rostro de Jeanne estaba tan rojo y el color se incrementaba más cuando todo a su alrededor se quedó en silencio. El ambiente era tan tenso que pesaba en sus hombros.

—¿Por qué no hay ruido? Ni siquiera Frank está gritando —preguntó una voz más, la de una mujer adulta que se asomó por un pasillo entre la escalera y la cocina.

El susto provocó que Jeanne pisara mal en los últimos escalones y cayera. Él no sabía en qué momento lo había hecho, pero dio un paso y atrapó a Jeanne en sus brazos. Ella estaba sujetándolo por los hombros con ambas manos y él rodeaba su cintura, era el abrazo más torpe que jamás en su vida había dado.

Todo el mundo en esa casa estaba congelado.

—Eah, eah, uh, uh —soltó la niña pequeña que estuvo dando vueltas a su alrededor.

Jeanne y él se pusieron rojos y, como si no fuese suficiente vergüenza, toda la familia, en serio, hasta el niño más pequeño, empezaron a seguirle la burla a la niña. Terminaron rodeados de ese fastidioso coro.

—Mátame —susurró Jeanne apoyando la frente en su pecho.

Minutos después de aquel bochornoso accidente, Jeanne reunió a toda su familia en la diminuta sala, que podría tener un

tamaño adecuado para una familia con una cantidad de integrantes normal, pero ahí se contaban diez personas, incluyéndose.

Ayudó a Jeanne a llevar dos sillas del comedor y se acomodaron a un lado del televisor, frente a sus padres.

—Bueno... —empezó a hablar Jeanne, desviando la vista hacia él pidiéndole ayuda, pero al tener tanto público no se animaba a decir ni una palabra, lo cual era estúpido pues trabajaba y se presentaba ante cientos de personas—. ¡Matt tiene que decirles algo!

Por supuesto, ella no iba a decir nada, después de todo, el día anterior lo había dejado bastante claro.

Levantó el rostro para hablar con seriedad.

—Hola, buenos días a todos, yo soy Matt y el día de hoy...

—Esto no es una exposición del instituto —murmuró Jeanne, pero él volteó a verla con el ceño fruncido y ella puso un dedo sobre sus labios y lo instó a continuar.

—Bueno, yo le pedí a Jeanne que saliese conmigo, pero decidimos que lo correcto sería hablar con sus padres primero y... —Los vio apenas unos segundos porque el semblante del padre de Jeanne daba miedo—. Por eso yo...

—Nunca has pedido la mano de una mujer, ¿verdad? —le preguntó el padre de Jeanne y él negó con lentitud, moviendo la cabeza.

—Se supone que solo se debe de pedir la mano de una persona una vez en la vida —añadió su madre mirando con frialdad a su esposo, y Jeanne se dio una palmada en la frente.

—¡Esto no es una propuesta de matrimonio! —exclamó su novia elevando sus manos.

Jeanne se puso de pie, justo entre él y su familia. Los observó un momento antes de empezar a contarlos. Cuando se aseguró, asintió y señaló a sus padres.

—Mamá, papá y hermanos, él es Matt... mi novio. Matt, ellos son mis papás, Gabriel y Angélica. —Después señaló al pequeño que estaba sentado en las piernas de su papá con un carrito de juguete en las manos, el niño estaba ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor, pues no dejaba de fingir que el brazo de su padre era una pista de carreras—. Él es Francisco, pero de cariño le decimos Frank, es el más pequeño de la familia, tiene cuatro años. Frank, saluda a Matt —le pidió Jeanne, pero el niño se molestó y terminó lanzando el carrito por los aires. Si él se hubiese movido un par de milímetros, el juguete estaría marcado en su cara.

—Eso no se hace, Frank —lo riñó su madre sujetándole ambas manos y fijando su vista en él.

Él recordó que su mamá jamás lo había regañado frente a otras personas, tal vez porque casi no tuvo tiempo de ser un niño normal.

—Ella es Lissa —continuó Jeanne señalando a la pequeña sentada al lado de su madre. La que había estado dando vueltas a su alrededor y con un brillo en los ojos que lo estaba cegando—. Es la mujer más pequeña de la familia con diez años y te admira mucho, por cierto.

—¡Puedes firmar la pared de mi cuarto! —soltó la pequeña con un gritillo—. ¡Por favor!

—¡Lissa! —exclamó Jeanne.

—No es justo, yo lo vi primero, ¿por qué es tu novio? —Lissa se cruzó de brazos y apartó la vista de su hermana mayor.

—Como sea. Él es Marcus, pero de cariño le decimos Mark y tiene doce años. —El chico que antes había salido del baño debajo de las escaleras levantó la mano saludándolo de manera amistosa, le devolvió el gesto y Mark dio un leve asentimiento, como si estuviese dando su aprobación—. Ellos son Brandon y Brenda,

los mellizos más consentidos de la familia, tienen quince años y van al instituto que está cerca del nuestro.

—Mucho gusto, Matt —comentó Brandon agitando una mano y en ese momento se dio cuenta de que con la otra sujetaba a Brenda. En realidad, lo notó desde que entró a la casa, los dos mellizos habían estado tomados de las manos.

—Cuida de nuestra hermana —añadió Brenda.

Y sintió un escalofrío subiendo por su espalda. La mirada de ambos, pero sobre todo de la chica, era tan intensa que le incomodaba. Sentía un poco de respeto por quien fuese a estar con ella en un futuro.

—Por último, tenemos a James...

—El hermano mayor universitario y muy sobreprotector con sus pequeñas e inocentes hermanas —interrumpió James, mirándolo fijo con las manos apoyadas sobre sus rodillas como si estuviese a punto de lanzarse sobre él—. Tendré un ojo encima de ti.

—No necesito que me vigiles —dijo Jeanne cruzándose de brazos—. Soy lo bastante adulta para cuidarme por mí misma. Y Matt es alguien de confianza.

—Pero soy tu hermano mayor, ese es mi papel. Protegerte de cualquier tonto —añadió James poniéndose de pie para abrazar a su hermana, rodeándola con un brazo por el cuello y golpeando, con delicadeza, la parte superior de su cabeza con su mano libre—. Si no, cuál sería mi lugar en este mundo.

—No sé, pero ¡suéltame! —Jeanne estaba jalando el brazo de su hermano, pero este no la dejaba libre, hasta que ella recurrió al conocido método de «la mordida» aprisionando con sus dientes el brazo de James.

Los padres de la castaña ya se habían puesto de pie para separarlos, Frank ya estaba en el suelo jugando con su carrito y los

demás estaban en una clase de apuesta por ver qué hermano iba a ganar.

Esa escena tan escandalosa lo hizo reír a carcajadas. Él jamás había pasado por algo así en su familia de tres personas, ni siquiera tuvo primos de su edad y por mucho tiempo estudió en casa, así que ese tipo de peleas amistosas eran algo nuevo para él.

Ver una relación tan cercana entre hermanos y padres le trajo cierta calma y todo el nerviosismo que había sentido durante esos minutos quedó atrás.

Las miradas se posaron en él y se puso de pie para extender una mano hacia Jeanne, que lo vio por unos segundos antes de entrelazar sus dedos.

—Para mí es un verdadero placer conocerlos. Quiero que sepan que jamás lastimaré a Jeanne, que la protegeré de cualquier persona malintencionada y no puedo estar más feliz de que sea justo ella la mujer de la que me enamoré —terminó mirándola a los ojos.

Ella apretó sus labios en una sonrisa, trayéndole el recuerdo de la expresión que le dedicó en el momento en que dejaron de besarse frente al instituto. Sus ojos confusos y sus labios presionados en una sonrisa ladeada, era una expresión muy bonita de Jeanne.

Los padres de Jeanne estrecharon su mano aceptando su relación, dedicándole palabras amables y alentadoras que pocas veces él había recibido de algún adulto. James le advirtió que no les apartaría la vista de encima y Matt cumplió la petición de Lissa de autografiarle la pared de su habitación, en ese momento entendió cuando Brandon comentó que él era el papel tapiz.

Esa mañana, cuando llegó a la casa de Jeanne, jamás pensó en encontrarse con una minifano, o, mejor dicho, con una familia tan grande y cálida como ellos.

Salieron de la casa tomados de la mano, siendo vigilados por toda la familia a través de las ventanas, y subieron al auto que estaba esperándolos fuera. Apenas se deslizaron por los asientos, ambos soltaron un suspiro.

—Creo que todo salió bien —comentó Jeanne colocando la mochila en sus piernas.

—Pero no sé, me pareció que los mellizos no nos creyeron del todo. Se la pasaron observándonos todo el tiempo y cada vez que volteaba a verlos, estaban frunciendo el ceño como si sospecharan algo —dijo recordándolos.

—No creyeron nada. Brandon y Brenda son bastante incrédulos e intuyeron lo nuestro. —Ella se encogió de hombros—. Si te soy sincera, creo que sería bueno que ellos supieran la verdad. Entiendo que quieras que esto quede entre nosotros, pero si tenemos algunos aliados, podría ser mejor.

—¿Por qué necesitaríamos ayuda?

—Pues. —Ella ladeó el rostro—. Nunca he tenido novio; por mucho que me aprenda un guion para ser tu novia perfecta, no sé qué otras acciones debería hacer. Si tenemos a alguien que nos vea desde otra perspectiva, podríamos cometer menos errores. No sé si me explico. Creo que, si ellos lo saben, todo esto puede ser más real.

Entendía lo que quería decirle, pero, por mucho que su familia le hubiera agradado, no estaba seguro de confiarle ese secreto a alguien más. Al final las cosas podrían salirse de control en cuanto más personas supiesen.

—De cualquier forma, gracias. —Ella le sonrió con sinceridad—. A pesar de que nada salió como lo esperaba, les agradaste a mis padres y, aunque no te advertí de mi pequeña familia, lo hiciste bien. Sé que todo esto es ment... un «juego», pero tu futura novia será muy afortunada de tenerte, eres muy comprometido y eso significa mucho para cualquier persona.

—Gracias... Yo no sé qué decir.

—No tienes que regresar el cumplido siempre. Uno nunca tiene los diálogos de su vida preparados para repetirlos en el momento justo. —Posó una mano sobre sus hombros y apretó con suavidad, reconfortándolo—. Está bien no saber qué decir a veces y solo dejar que alguien más hable. Me parece que eso es parte de la «normalidad» que tanto buscas.

—¿Te han dicho que eres muy inteligente? —Ella se encogió de hombros, desviando la mirada juguetona—. No me molestaría nada escucharte hablar todo el día.

Jeanne llevó una mano a su pecho.

—Eso es lo más romántico que me has dicho desde... ayer.
—Fingió limpiarse una lágrima.

—Prepárate, porque suelo ser muy romántico.

—Estaré lista. —Le guiñó un ojo y, aunque seguían dentro del auto y no estaban siendo observados por nadie, le tomó la mano.